

Notas sagradas y profanas

Tontería y genialidad

Hugo Hiriart

Cuando entres a una *iglesia fea*, con imágenes vulgares, de plástico, y cuadros consabidos e insípidos o cuando escuches una misa mal dicha, accidentada, con sermón arrogante, vulgar y mal meditado, recuerda esa observación de Simone Weil según la cual ese templo y esa misa que no te gustaron son perfectos como es perfecto un triángulo geométrico, con todas sus propiedades, un triángulo pésimamente dibujado.

PITTSBURGH, MAYO 6. La Iglesia Metodista Unida de los Estados Unidos estuvo a punto de fracturarse en dos confesiones diferentes, una conservadora de derecha y la otra liberal de izquierda, en su asamblea general celebrada en esta ciudad. La razón, la actitud hacia la homosexualidad (por ejemplo, si puede aceptarse abiertamente la sexualidad *gay* o si los *gay* pueden ser ministros de esa confesión). A última hora se logró evitar la ruptura que los conservadores buscaban porque los liberales, que perdieron la votación en la asamblea, sostuvieron que no importa que con el tiempo su tendencia llegará a imponerse como se ha impuesto en otras iglesias, aunque no en todas aún.

La Iglesia Metodista Unida cuenta con 8.3 millones de fieles, número sólo inferior en los Estados Unidos a los de la Iglesia Católica y los de la Bautista del Sur. El presidente Bush, por ejemplo, pero también la señora Clinton, son ambos metodistas.

A fines de mayo, otro *gran señor* ya entrado en años se quitó el sombrero, un poco pasado de moda, y lo agitó suavemente en signo de decir adiós a Manhattan. Me refiero al restaurante La Caravelle. Esta elegante cocina francesa viene a sumarse a los cierres de Lutèce, Lespinasse y La Côte Basque, los cuatro mosqueteros de la exquisitezgastro-

nómica cara y hasta carísima, en una ciudad donde abundan los millonarios y la elegancia muy a menudo se confunde con el precio alto.

Hay confianza en que los cincuenta empleados del restaurante encuentren pronto trabajo porque han probado ser “muy profesionales”. Las quince mil botellas de vino viejo atesoradas en la cava de La Caravelle serán subastadas, y la señora Jammet, dueña del restaurante, dijo: “No hay que tener ninguna amargura. Todo tiene que tener una razón. Sí, es triste, pero también es tiempo de renovación”. Como sea, estos cierres indican que algo está cambiando en Nueva York, al menos en los hábitos culinarios de la clase rica.

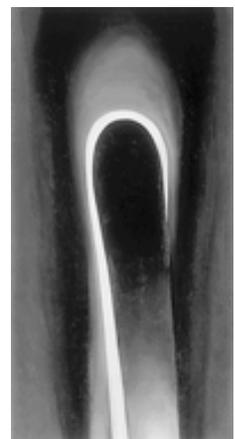
“Si en alguna parte del mundo hay alegría, es en el corazón puro”, se puede leer en *Imitación de Cristo*.

El cartelito decía “se recompensará con diez mil dólares a quien informe el paradero”, y venía la foto de una muchacha muy joven (veintiún años) y muy guapa, *Sarah Fox*, estudiante de teatro en la Juillard Academy. Al día siguiente apareció el cadáver de la pobre muchacha. Había sido estrangulada y su cuerpo desnudo fue hallado en Inwood Hill Park, el mayor bosque natural (Central Park es por completo artificial) que tiene Manhattan, donde la joven solía hacer ejercicio. Así, de pronto, asoma el mal, tira su zarpazo horrendo e incomprensible, y vuelve a ocultarse en la apacibilidad cotidiana.

EL CARDENAL BERNARD F. LAW, que fue obligado por la grey iracunda a renunciar a ser cabeza de la arquidiócesis católica de Boston a raíz de los escándalos de abusos sexuales a menores por sacerdotes (debido a que se mos-

tró pasivo ante las denuncias y pareció con ello, según dicen, proteger a los acusados), fue nombrado, por el papa Juan Pablo II, a r-cipreste de la basílica de Santa María la Mayor en Roma. En Boston, grupos de católicos protestaron contra el nombramiento, sostuvieron que es un ascenso del prelado suspendido y que no es justo que como premio de su ineptitud viva en Roma en un espacioso departamento clásico, adscrito a la basílica, con frescos en las paredes y con un salario de cuando menos diez mil euros mensuales como recibía el cardenal Furno, su antecesor.

Un buen modo de llegar a ser un escritor mediocre consiste, creo, en ser muy detallista y cuidadoso en las correcciones. La razón es que los pequeños errores, las notas falsas que vamos tocando al escribir, no sólo tienen importancia muy relativa, sino que lo poco que cuentan forma parte de la personalidad de quien escribe tanto como sus aciertos, y no hay por qué perseguirlos. Baudelaire dijo que Víctor Hugo era “ese poeta en el que Dios, por un espíritu de mixtificación impenetrable, ha amalgamado la tontería con la genialidad”, sí pero, ¿no es cierto que en casi todo gran escritor, visto a distancia, parece apretar la misma amalgama? ■



Georgia O'Keeffe, *Jack in the Pulpit VI*, 1930